

—¿A la vista del rey? exclamó Savereux, oyendo el toque de alarma, los gritos y los tiros que resonaban en el aire. ¿Ponen la ciudad á saco?

—Sigue la matanza, y espero que moriré antes de ver las consecuencias de esta noche fatal.

—¿Se baten por las calles? replicó Savereux que quería ponerse en pie, y á quien contuvo su vecino.

—No os meneéis, amigo, si no sois muerto sin remision. ¿Pero no estais herido?

—El diablo me lleve si comprendo como me encuentro aquí. ¿No érais de la partida del capitán Losa? ¿No habeis encontrado á Curson?

—¿Curson! interrumpió la voz, que parecia afirmarse;

¿Dónde está? ¿Ha podido escapar de la matanza? quíerale Dios.

—Ignoro lo que ha sido de él desde que me ha dejado; hemos cenado, bebido y jugado juntos, como que somos hermanos de armas.

—¿Vos! replicó la voz que parecia desfallecer, mientras que en medio de los muertos se levantó una cabeza toda cubierta de sangre; ¿vuestro nombre?

—Jacobo de Savereux, el mejor bebedor que hay en la corte; ¿y el vuestro?...

—El bastardo de Goudoin, baron de Pardillan, gentil-hombre de cámara del rey de Navarra.

—No hubiera conocido nunca en tan lamentable estado al favorito de Enrique de Borbon.



Algunos heridos trataron de agarrarse á la lancha, pero Savereux los rechazó con los remos.

La voz se calló, y Savereux aguardó en vano una respuesta.

Aquella cabeza desfigurada que se habia alzado un instante habia vuelto á caer sobre los muertos, distinguiéndose entre todas por la máscara de sangre que la cubria, y la horrible herida que le habia partido el cráneo hasta las cejas. El baron de Pardillan yacía sin movimiento, pero su pulso palpitaba siempre, y sus manos conservaban un poco de calor. Savereux no titubeó en darle socorro: lo levantó poquito á poco de entre aquella multitud de cadáveres, le llevó cerca de la orilla del agua. Allí le lavó el rostro y se sirvió de unos pedazos de su camisa, que destruyó para atajar la sangre de las tres heridas, que la menor era mortal. Resuelto Savereux á com-

pletar su buena accion, no veia mas que el Louvre donde pudieran socorrerle. Pero allí no podian llegar porque Pardillan le habia dicho lo bastante para que desconfiase de aquel punto. Asustábase de la situacion de París; aquellos gritos no eran gritos de alegría, aquellos tiros no eran salvas de fiesta, aquel toque de las campanas era el toque de arrebato y de alarma. ¿Qué sucedia de extraordinario y de terrible? No podia menos de ser una gran catástrofe.

Pardillan no habia recobrado sus sentidos, y Savereux en vano le preguntaba con la esperanza de tener noticias, cuando un tropel de hombres armados y del populacho bajó del cláastro de San German de Auxerrois hácia el Sena con hachas y dando voces, Savereux no titubeó en salir á su encuentro despues de haber sacado su espada.

Eran soldados que arrastraban por los pies un cuerpo sin cabeza manchado todo de sangre; y formábase el acompañamiento de miserables cubiertos de harapos que se agitaban en derredor de aquellos restos que no era fácil reconocer y que todos querían contemplar y ultrajar. Era el cuerpo del almirante que iban a arrojar al Sena.

—¡Ah! sois vos, señor de Savereux, gritó Salavoz corriendo á él para librarle de manos de sus enemigos, á quien seguramente no hubieran apartado con facilidad sus estocadas: Os habeis portado grandemente, añadió Salavoz, ¿cuántos habeis muerto ya?

—Ya haré la cuenta otro día.... ¿pero quién son los que he de matar?

—Todos los que sean hugonotes públicos ó secretos, todos los que aborrezcan al rey ó al duque de Guisa, y en fin, todos los que os parezca bien matar.

Jacobo de Savereux, indignado contra aquel exceso de fanatismo religioso al que no se sentía capaz de asociar, volvió la espalda á Salavoz y se dirigió lentamente á la orilla del río donde había dejado á Pardillan sin conocimiento. Encontró á Pardillan, el cual no hizo ningún movimiento, ni abrió los ojos cuando Savereux se inclinó hacia él; pero aun respiraba y la sangre no corría de sus heridas. Trató de cogerle en brazos y llevárselo.

—Sois católico, dijo Pardillan con un acento de santa resignación, matadme aquí mejor que en otra parte.

—¡Mataros! ¿y por qué? replicó Savereux ofendido de aquella sospecha no merecida, al contrario, impediré que os maten.

—¿No sois católico? ¿no hablabais hace poco á los asesinos?

—Yo soy antes que todo un caballero.

Pardillan le tendió la mano, le ofreció desde entonces ser su hermano y su amigo.

—¡Si yo pudiese únicamente pasar el río é irme al barrio de San German antes de morir! dijo Pardillan.

—No morireis, si quereis ser mi hermano y mi amigo. ¿Tendreis fuerza para sosteneros sobre mis hombros mientras yo me echo á nado?....

—Eso sería ahogaros conmigo. Escuchad, mas vale que me dejeis en este sitio hasta que puedan cogerme en una lancha muerto ó vivo; pero si quereis servirme, haciendo mas que salvarme la vida, pasareis el río á nado é ireis al barrio de San German al hotel de Genuillar cerca de la puerta de Bussi, llevareis esta charpa para manifestar que vais en nombre mio: al entregarla en manos de la señorita Ana de Curson....

—¡Ana de Curson! exclamó Savereux con una emoción indefinible. ¿Es parienta del joven señor de Curson?

—Sí, su hermana, y á no ser por esta desgraciada noche, mañana me hubiera casado con ella.

Jacobo de Savereux no quiso oír mas, y sin comunicar sus proyectos al baron de Pardillan se echó al agua vestido, nadó vigorosamente hacia la orilla y alcanzó la barca de un pescador amarrada á un poste: la desamarró y se apoderó de los remos, todo esto en algunos segundos á pesar de los gritos del pescador que había salido de su choza. Al cabo de diez minutos de ausencia Savereux estaba de vuelta cerca del herido, al que cogía en sus brazos y transportaba á la lancha. Se puso á remar con ardor.

El río se hallaba cubierto de cadáveres que flotaban sobre el agua y de heridos que huían á nado. Algunos trata-

ron de agarrarse á la lancha pero Savereux los rechazó con los remos por miedo de que no hiciesen zozobrar la débil embarcación. En aquel momento volvió el rey á presentarse en el balcón del Louvre entre antorchas, para contemplar el Sena teñido de sangre. Muchos tiros de arcabuz salieron de aquel balcón dirigidos contra los fugitivos que pasaban por el agua: una bala silbó á los oídos de Savereux y reconoció al rey y sus favoritos, como los autores de aquel fusilamiento.

Tocaba la lancha en la otra orilla y Jacobo de Savereux se encontraba fuera del alcance de las balas; pero cuando se proponía bajar y sacar al herido, se vió obligado á sacar su espada para hacerse respetar del barquero que le amenazaba con un garfio de hierro.

—Oye, le dijo con tono de autoridad, cual de dos cosas prefieres; ¿el que te meta la espada por el vientre ó te dé quinientos escudos de oro?

—¡Cien escudos de oro! repitió el barquero que no trató de oponerse ya al desembarque, antes bien ayudó él mismo á sacar de la barca al herido.

V.

LA DEUDA DEL JUEGO.

En el barrio de San German, la casa del baron de Pardillan se hallaba en la mayor ansiedad. El estado de alarma en que se hallaba París hacia que estuviesen con el mayor cuidado la madre de Pardillan y Ana de Curson, que habían vuelto ya de su expedición nocturna.

—Madre mia, dijo Ana, estoy temblando, Pardillan no está aquí para defenderos.

—Pardillan, respondió la señora de Curson, no le he visto y ne lo aguardo sino á la hora fija de vuestra boda. Está en mas seguridad que nosotras mismas porque está alojado en el Louvre y en el propio cuarto del rey de Navarra.

Mientras estaban alarmadas las dos señoras en su habitación del barrio de San German, el señor de Curson se dirigía hacia la casa, pero vió venir hacia él un grupo de soldados que llegaba á ejecutar los asesinatos de aquel barrio.

—¡Quién vive! gritaron al ver un hombre á caballo que se paseaba desde la puerta de la casa Bussi: ¿hugonote ó católico?

—Católico, respondió Curson al señor de Mougiron, que se había adelantado para ver con quien hablaba y había reconocido á uno de sus compañeros de cena.

—Habeis hecho la cruz blanca en el sombrero y llevais el pañuelo en el brazo derecho, dijo aquel reconociendo al caballero hugonote, con quien había cenado y jugado aquella misma noche en casa del capitán de Losa; me parece que os habeis hecho católico desde hace poco tiempo.

—Desde que os he visto en el juego, replicó el joven con una feliz presencia de espíritu, desde que he perdido contra vos veinte y cinco mil escudos de oro, que os debo todavía.

—¿Veinte y cinco mil escudos de oro? replicó el señor de Mougiron, que conoció se los ofrecía como rescate y que no trataba de rehusar. Había olvidado esta deuda; sin embargo pensaba que eran cincuenta mil escudos.

—Sin duda tendreis mejor memoria que yo; defiero á vuestra opinión, sean cincuenta mil escudos de oro.

—Sois buen jugador; ¿cuándo me pagareis?

—Os pagaré, os lo juro por mi honor, tan pronto como os despidais de mí, y si puedo volver á Bretaña con mi madre, mi hermana y mis criados.

—¿Dónde vivís? dijo en voz baja Mr. de Mougiron, que se aproximó á Hibes de Curson, y le alargó la mano: voy á daros escolta hasta vuestra casa; daré orden que guarden vuestra puerta; allí permaneceréis encerrado con vuestra gente; yo iré á terminar vuestro trato, y cuando pueda os sacaré de París.

—El rescate que os he prometido, replicó Curson, comprende á todas las personas de mi familia y de mi casa, sin escepcion.

—Y además á Pardillan, dijo Ana turbada con tristes presentimientos, que se habia acercado á su hermano cuando estaba hablando con el capitán.

—¡Ah, Pardillan! replicó Mougiron con una señal de mal agüero, desearia mucho que estuviese con vos; pero está en el Louvre con el rey de Navarra.

En el entretanto, se asomó Jacobo de Saverieux al balcón del piso principal, porque habia podido por una puerta falsa, introducir á Pardillan su herido. Entonces llamó á Curson.

Ana de Curson habia oído como una voz moribunda que la llamaba por su nombre, y no pudo desconocer aquella voz. Subió inmediatamente antes que su hermano pudiese haberla retenido. Se precipitó en el cuarto llena de lágrimas, al ver á Pardillan su prometido esposo, dispuesto á exhalar el último suspiro, y casi sin fuerzas para poderle estrechar en sus brazos ni dirigirle el último adiós.

—Señor de Curson, gritó desde la calle Mougiron, cuando hayais concluido los preparativos de viage, ápresuráos, á no ser que no queráis marchar.

Ninguno de los de la casa se cuidó de la advertencia de Mougiron; ninguno oía los terribles gritos que salían de las calles inmediatas, donde comenzaba el asesinato de los hugonotes arrojándolos por las ventanas.

Entretanto el barón de Pardillan, levantándose penosamente y apoyado en su codo, oía los rumores de fuera, mientras que su muger y su cuñado se esforzaban en contenerle sobre la alfombra en que se hallaba tendido. Agitábase convulsivamente, heríase la frente con sus manos, y arrancábase los cabellos, cual si hubiese recobrado su energía para comprender el inminente peligro que amenazaba al objeto de sus afecciones. Pareció calmarse viendo á Saverieux, y volvió á caer fatigado, jadeando, sin aliento, sin voz, y casi sin vista. Después hizo señal de que se le acercase.

—Señor de Saverieux, le dijo con esfuerzo y cansado, os habeis sacrificado por mí sin salvarme, y estoy seguro de que ejercitareis esa abnegacion con una persona á quien amo mas que á mí mismo: cuando haya muerto os confío mi viuda para que la defendais y guardeis en mi lugar cual si fuese vuestra propia muger, y fuérais mi hermano de alianza.

—Señor de Saverieux, sois ya mi hermano de armas, añadió Hibes de Curson; sed tambien mi hermano de alianza.

—¡Hermano de armas, hermano de alianza, hermano en Jesús! exclamó Jacobo de Saverieux con exaltacion.

—Madre mia, dijo Curson, ¿habeis entregado á mi hermana Ana los sesenta mil escudos de oro de su dote?

—Sí.

—Tengo necesidad de ellos, añadió Hibes de Curson; los tomo prestados, y los devolveré de mi patrimonio; porque importa que yo pague una deuda del juego de setenta mil escudos, que me ha ganado esta noche el señor de Saverieux aquí presente.

—¡Vive Dios! ¿Qué quereis que haga con ellos? Esclamó Saverieux rechazando la cantidad que le presentaba el jóven.

En esto, á la parte de afuera, se oyó gritar á Mougiron que decia:

—Si no venís pronto, no respondo de nada, y retiro mi promesa del salvo-conduto para sa ir de París.

Pardillan, aunque agonizando, habia comprendido desde aquel sitio todos los siniestros rumores y gritos de alarma que llenaban el barrio: conoció la necesidad de huir por falta de poder defenderse: conocia tambien que debia morir para no ser un obstáculo á sus amigos.

—Ana, yo os mando que sigais al que os he elegido por guarda, tutor y defensor, dijo con acento de autoridad Saverieux; recibid en recuerdo de vuestros generosos servicios mi charpa, y este anillo de mi viuda; yo espero que no os le quitará jamás.

—Venid, señora, dijo á su madre Curson, que habia ido precipitadamente á preparar una litera y caballos; venid, hermana, no hay un minuto que perder: Mougiron dice que acortemos los arreglos hasta que estemos en lugar de hacerlo con seguridad.

—¡Adios! Mad. de Pardillan, dijo el moribundo, porque aun cuando no soy vuestro esposo, os doy la mano en este momento supremo. ¡Adios, mi hermano de alianza! ¡Adios Hibes, adios vosotros todos, os encomiendo á la guarda de Dios!

Al acabar estas palabras, arrancó violentamente la venda que sujetaba sus heridas, provocando así una hemorragia que le ahogó inmediatamente. Ana se habia desmayado sobre los arroyos de sangre: Jacobo de Saverieux la cogió en brazos sin movimiento, y la entró en la litera donde Hibes de Curson habia ya colocado á su madre.

Púsose en marcha la comitiva bajo los auspicios del señor Mougiron, que tuvo grandes penas y trabajos para poderla hacer pasar sin riesgo ni peligro por el barrio. Hibes de Curson habia hecho sin embargo, tomar á sus gentes la señal de los católicos, la cruz blanca en el sombrero, y el pañuelo atado al brazo: pero los asesinos se hallaban ansiosos de matanza, y buscaban por todas partes víctimas, y veian hugonotes en todos los que no se hallaban manchados de sangre. Bajo este aspecto, Saverieux ofrecia grandísimas garantías, tantas como debian desear sus verdugos.

—¡Este, decian al verle, ha trabajado gallardamente! Vuélvame yo hugonote si no ha ganado cien años de perdon.

Cuando la litera se halló en el camino de Saint-Cloud, al abrigo de los ataques y persecuciones del partido católico, el camino estaba sembrado de fugitivos que huían de la matanza. Hibes de Curson indicó á sus gentes el quitarse las cucardas y pañuelos que hasta entonces les habian protegido y podian serles funestos: en seguida se fué á Mr. de Mougiron, le dió las gracias por su proteccion, y le ofreció la cajita, que contenia mas de la suma convenida entre ellos á título de rescate.

—Aquí está la suma entera, no tenemos tiempo para contarla; no estamos desquitados, porque vos y vuestros amigos me debeis un desafío, que no se verificará Dios mediante en el Prado, sino sobre algún campo de batalla, en donde los hugonotes tomen su desquite de la perfidia de sus asesinos.

Mougiron recibió la cajita que abrió para ver su contenido, y la colocó delante del arzon de su silla: despues echó á correr á galope para volver á París. Empero, Jacobo de Saverieux le gritó que se detuviese. Le alcanzó á cincuenta pasos de la comitiva, y arrojándose sobre el cuello de su caballo.

—Tú eres mi prisionero, Mougiron, gritó, y te impongo ochenta mil escudos de rescate.

—Buena está la chanza, replicó Mougiron.

—No hay chanza que valga. ¿Dónde están esos ochenta mil escudos? me deberás veinte mil, que te fio bajo tu pa-

labra, á menos que prefieras acompañarme á la Rochela con las manos atadas á la espalda.

—Saverieux, ¿es esto un juego? ¿Pretendes despojarme de mis bienes?

—Tú impones un rescate á las gentes, y debes ser también rescatado; no me acuses de traicion, pues que ahora soy hugonote y tengo que vengarme de los asesinos de mi hermano de alianza, el baron de Pardillan.

Jacobo de Saverieux abjuró en efecto el catolicismo; se casó con la viuda de Pardillan, y fué uno de los mas valientes capitanes del ejército calvinista, aunque guardando en el fondo del corazon una especie de agradecimiento por la noche de San Bartelemi, á la cual debia su fortuna, su muger y su felicidad.

Desde entonces no volvió á tocar jamás ni á los dados ni á las cartas.

ESTUDIOS GEOGRAFICOS.

LA CASCADA DE ITAMARITI.

Un viagero, cuya muerte reciente lloran las ciencias, Jorge Gargued, confiesa que los dos meses mas deliciosos que ha pasado en su vida, han sido en medio de las soledades de la sierra Dos Orgaos en donde corre el Itamariti. Y sin embargo, el hábil botánico tenia en sus recuerdos mas de un punto de comparacion, porque despues de haber admirado el Brasil habia ido á dirigir el jardin botánico de Ceilan, la isla de la India mas espléndida, tal vez, por su riqueza y su vegetacion.

La cascada de Itamariti es uno de esos numerosos saltos de agua que animan la Sierra dos Orgaos, cuyos picos semejan la forma angular de un órgano, guarnecido con sus desiguales tubos. El riachuelo que le ha dado su nombre toma nacimiento á unas doce leguas de Rio Janeiro, y despues de atravesar tumultuosamente las aglomeraciones de rocas graníticas, cuya naturaleza es la misma que la de las inmediaciones de la capital, riega el territorio tan poblado del Isihomirini y se arroja por último en el rio Piabanhá.

No hace mas que tres siglos que aquellos horribles bosques, que recuerdan los bosques vírgenes del interior, resonaban con los gritos de guerra ó con los cánticos religiosos de los tamoyas: y si hemos de creer antiguas tradiciones muy olvidadas hoy, la region donde se eleva la cordillera tan pintoresca de los Organos inspiraba á los indios una especie de veneracion: allí acudían en ciertas épocas solo á visitar un temible santuario. Hoy aquellas hermosas soledades donde se descubren picos de tres mil pies de altura, sirven de cita y punto de reunion para partidas de placer, y sus primitivos bosques están reemplazados por

magníficas habitaciones fundadas por viageros ingleses y suizos, engalanadas con todas las riquezas de horticultura moderna. Los encantadores vergeles diseminados en la Sierra dos Orgaos surten hoy á la opulenta ciudad de Rio Janeiro de muchos frutos de Europa: la permanente frescura de la temperatura permite en efecto cultivar allí al lado del bananero y de los naranjos, el manzano, el peral, la viña, el melocoton, la oliva, pero sobre todo, una maravillosa especie de higos: tambien se recogen igualmente fresas en grandísima abundancia.

Como todas las demas regiones de la cordillera de los Organos, las orillas del Itamariti son la tierra de promision del botánico y del zoólogo. Sabios conocidos, Sangdorff, Burchel, Shotski, y en último lugar Gargued, han explorado aquellas montañas en pro de las ciencias, y el último viagero sobre todo, no ha encontrado bastantes palabras para espresar la estremada admiracion que le han causado sus escursiones. El café no fructifica en aquellas regiones sino con una especie de dificultad; pero bastó que se cuidara aquel excelente terreno, que se eleva dos mil pies sobre el nivel del mar, para que se cambiara bien pronto el aspecto de las orillas del Itamariti y de Piabanhá. Entonces sucedieron mil plantas útiles á las hermosas especies naturales del Ptena y álzase orgullosamente sus florecidas cimas sobre las copaivas; entonces desaparecieron las innumerables variedades de *begoniam alastro-nus* mistáceas y rubiáceas: las *bromelias*, las *tillanderias*, y las mil especies de orquídeas y otras muchas plantas de aquellas soledades, sin apoyo alguno para suspender sus embalsamadas guirnalda, desaparecieron, ó son llevadas para estarse con regularidad en los jardines. Ya no se oye en aquellos bosques el terrible rugido de jaguar, ó sea aquella pantera americana, que si resuena todavía por allí es á rarísimos intervalos.

Pronto sucederá lo mismo en el reino vegetal al *alcipo*

matador, que rodea á los árboles con sus caprichosas re- su follage. En lugar de la palmera aparecieron árboles de
vuellos y los destruye despues de haberlos engalanado con origen europeo. El secreto de la trasformacion se encier-



Vista de la cascada de Itamariti.

ra todo entero en el repentino acrecentamiento de la opulenta capital, que cuenta ya 270,000 habitantes y donde pronto cruzarán muchos caminos de hierro para llevar la industria y la actividad hasta las magnificas soledades del interior.

ESTUDIOS RELIGIOSOS.

SEPULCRO DE SANTA GENOVEVA.

Todos nuestros lectores saben que la santa virgen y pastora de Lanterre, Genoveva, ha sido la protectora de la ciudad de París. Ella libertó de la destruccion á esta gran capital del mundo civilizado cuando Atila, el azote de Dios, seguido de un ejército de seiscientos mil hom-bras, llevaba en pos de sí la destruccion y la muerte. Ge-noveva, reuniendo las mugeres de la ciudad, electrizándo-las con su fé, oró al Señor, y de repente se recibió en la ciu-dad la noticia de la marcha retrógrada del ejército de Atila, á quien nada se oponía, á quien nada hacia frente. Genove-va, honrada por sus milagros en la corte de Clodoveo, tuvo tan gran ascendiente en ella, que aquella pobre y débil muger, empero ilustrada y sostenida por la fé, lu-chó con los reyes francos é hizo en su alma una revolu-cion moral. Genoveva, despues de haber salvado á su patria, despues de haber influido en dulcificar las rudas costumbres de Clodoveo, se retiró á un desierto y allí pasó mas de ochenta años sobre la tierra, hasta que es-piró el 3 de enero de 512. Los restos de la humilde vir-gen fueron colocados al lado de los de Clodoveo en la igle-sia de San Pedro y San Pablo. A su sepulcro acudia la multitud, y todo género de milagros le hicieron bien pron-to ilustre. Una peste terrible desolaba la Francia y París en 1130 en el reinado de Luis el Gordo. Llamábase la *peste de los ardientes*. El fuego que mataba en algunos momentos, devoraba los pies, las manos, el pecho y el rostro de los enfermos. Eran inmensas las víctimas. Estéban, obispo de París, amigo de los pobres, invitó el pri-mero la poderosa proteccion de la virgen de Lanterre. Multiplicándose las curaciones cesó milagrosamente el azote, y los testimonios y documentos de aquella época dan á este milagro el mas alto grado de certidumbre. En 620 San Eloy, ese santo obispo que antes ha-bia sido un eminente artífice en la platería, enriquece de un modo magnifico el sepulcro de Santa Genove-va. En 845, en la primera invasion de los norman-dos, los religiosos de la abadía de San Pablo llevan consigo los restos del santo cuerpo para sustraerlo de las profanaciones de los bárbaros. Aquellas reliquias, depositadas en una caja de madera, permanecieron asi hasta 1242 en que fueron encerradas en una magnifica urna, obra del platero Voluard. La reina María de Mé-dicis, en 1614 la dotó con una gran cantidad de piedras preciosas. La iglesia de los Santos Apóstoles donde du-rante tres siglos habian reposado los restos de la san-ta, concluyó por tener solo su nombre. Clodoveo habia fundado esta iglesia, que fué quemada en la segunda in-vasion de los normandos en 835. Despues de la retirada de los bárbaros se trató de su reconstruccion; pero fué preciso abandonarla; las llamas habian calcinado las pie-dras y quitado al edificio su solidez. En 1175, Estéban,

abad de Santa Genoveva, y despues obispo de Tournai, ejecutó una completa restauracion de aquel monumento. Se colocó el sepulcro de Clodoveo en medio del coro, y todos estos trabajos, á pesar de las degradaciones del tiempo, y los destrozos del rayo que en 1483 cayó sobre el campanario y destruyó la iglesia y la abadía, se con-servaron bastante bien hasta el siglo XVIII. En 1744 fué necesario volver á construir la iglesia, y entonces fué cuando sobre la antigua basilica colocó Joufflot en el aire esa magnifica cúpula que domina todo París, obra gigan-tesca donde se hacen sentir las tradiciones del arte griego mas bien que las inspiraciones del arte cristiano. Empe-ro, por la regularidad de sus proporciones, la severidad de su carácter, la armonía de su conjunto, llena, á los que le ven, de admiracion y respeto.

Apenas se habia concluido esta cúpula cuando estalló la revolucion de 1793. La religion habia construido aquel edificio para Dios; pero aquella iglesia augusta recibió otro destino. La Asamblea Constituyente la erigió en panteon de los grandes hombres, é hizo de ella la sepultura de un Marat, de un Voltaire, de un Rousseau y de otros enemi-gos de la religion. Aquella basilica profanada abrió sus puertas á las turbas que venian á instalar y glorificar por un culto feroz y un himno desangre el ídolo que ellos mismos habian formado. Todo era allí inundo fuera del templo, que contrastaba con el destino que se le daba y con su inmensa altura y magestad, pareciendo oprimir los restos profanos que en él se colocaban como bajo una montaña de desprecio.

La urna de Santa Genoveva, llena de oro, cargada de piedras y brillantes fué llevada á la casa de la moneda, y de aquellas inmensas riquezas apenas se sacó un mez-quino valor para el tesoro. Sus huesos, esceptuando las porciones que antes habia sacado para distribuir en va-rios templos la piedad de los fieles, fueron quemados en la plaza pública, y fué insultada por los descendientes de aquellos que habia salvado tantos siglos antes. ¡Grande hazaña de la revolucion, ensañarse despues de catorce si-glos con las cenizas de una muger muerta! En 1806 el emperador Napoleon I, á quien indignaban los desórde-nes que se habian cometido contra la religion, que recon-cilió la Francia con el padre comun de los fieles, haciendo el célebre concordato que restableció el culto católico con el venerable pontífice Pio VII, decretó que el panteon volviese al culto católico. Sin embargo, no volvieron á resonar los himnos sagrados en Santa Genoveva sino por poco tiempo en la época de la restauracion. La revolucion de 1830 derribando en los tres dias de julio tres genera-ciones de reyes y alzando al trono de Francia al rey Luis Felipe, consagró el templo de Santa Genoveva para colo-car en él las tablas de bronce en que se hallan inscritos los nombres de los héroes que habian combatido en las tres jornadas de julio. Santa Genoveva era un tem-plo de pura curiosidad, sin Dios, sin sacerdote, un de-sierto de piedra en fin. El sepulcro de Santa Genoveva, ó

por mejor decir, la piedra única que habia quedado de él, fué trasladada á la iglesia inmediata de San Estéban del Monte.

Allí todos los años el pueblo de París, el 3 de enero y los dias siguientes, se ha precipitado para orar sobre el sepulcro de la virgen de Lanterre y tributarla el homenaje incomparable de la piedad y devocion.

En esta iglesia el mismo dia 3 de enero de este año, cuando se estaba rindiendo el homenaje de su culto por todo un pueblo, cuando el digno arzobispo de París, monsieur Sibour, revestido con los ornamentos pontificales hacía la procesion de la santa patrona de París, un alevé asesino, un indigno sacerdote, Verger, se precipita por enmedio de la apiñada multitud del pueblo postrado de rodillas, se llega al santo pastor, y sin consideracion á las augustas funciones que se hallaba desempeñando, tras-pasa su corazon con un puñal. Sibour, modelo del sacerdote cristiano, padre de los pobres, grande devoto de Genoveva, habia obtenido de la religiosidad de Napoleon III comenzase su reinado por un acto religioso en que al mismo tiempo se veia una justicia reparadora; habia decretado que volviese al culto católico la iglesia y panteon. Habian desaparecido de ella los símbolos que habia intro-

ducido la revolucion. El célebre pinsor Gross habia con su admirable pincel cubierto la cúpula inmensa con las admirables escenas de la vida de la santa pastora de Lanterre. Y nosotros en el año pasado hemos podido ver el altar del verdadero Dios alzado en el panteon á donde iba á trasladarse como á su primitivo asilo, el sepulcro que catorce siglos antes habian colocado en él los sucesores de Clodoveo.

La lámina que damos en el Album representa el sepulcro de Santa Genoveva tal cual hoy existe en la iglesia de San Estéban del Monte, esa iglesia recientemente profanada con el alevé asesinato del pontífice de París. Nueve dias ha permanecido cerrada hasta que ha sido purificada segun los principios que previene la religion, abierta de nuevo al culto público, y la poblacion entera de París ha ido á orar ante el sepulcro de su santa patrona y pedir misericordia al Señor por la nueva profanacion cometida en ella. El 28 de enero, es decir, á los veinte y tres dias de su crimen, Verger espió en un patíbulo su iniquidad, habiendo mostrado en el acto de la ejecucion tanta abyeccion, cobardía y miedo á la muerte, como cinismo é impiedad habia mostrado en su crimen.

ESTUDIOS DE HISTORIA NATURAL.

LA LECHUZA.

La familia de los pájaros de presa nocturnos se divide en dos secciones. La una comprende las aves que llevan sobre la cabeza plumas ordinariamente levantadas en forma de plumero, es decir, las que se llaman vulgarmente mochuelos, buhos, ó duques; y la otra las lechuzas, las cuales no tienen ninguna pluma prominente. Vamos á ocuparnos del hermoso pájaro que presenta nuestro grabado, y que pertenece á esta segunda seccion.

La lechuza, cuya denominacion científica es *strix* ó *aluco flammea*, y que se llama tambien lechuza ó pájaro de campanarios, debe su primer nombre á su chillido acre y lúgubre, que es verdaderamente aterrador; á su voz siniestra que frecuentemente hace oír en el silencio de la noche.

Se la ve salir á la hora del crepúsculo de las torres de los campanarios, del techo de las iglesias, y de los edificios elevados, donde se retira durante el dia. Del género de su habitacion, de la naturaleza de su voz, del momento en que resuena esta voz cuando todo está tranquilo y respira en la oscuridad, proviene ese terror que se apodera involuntariamente de los espíritus débiles y supersticiosos á la vista de una lechuza. Para ellos la idea de cementerio, de sepulcro, de muerte, se asocia siempre á la de este pájaro; y si por casualidad revolotea alrededor de alguna casa donde hay un enfermo, no deja el vulgo jamás de sacar de esta circunstancia el mas funesto presagio.

Esta preocupacion existia ya entre los romanos: la lechuza y su chillido les inspiraba igualmente horror y terror; y si sucedia que un pájaro de esta clase viniese á mostrar en una ciudad su buena y tersa cara, mirábase aquella aparicion como un suceso desgraciado. Cuenta Plinio

que hubo en Roma una *lustracion* solemne, porque una lechuza que se habia perdido se entró en el Capitolio.

Los griegos, al contrario, tenian á este pájaro en estimacion y veneracion. Habian hecho de él el símbolo de la sabiduría, y lo habian especialmente atribuido á Minerva.

La lechuza, que se distingue fácilmente de las otras especies nocturnas, por la belleza y la variedad de su plumaje, tiene ordinariamente el cuerpo por debajo amarillo, ondeado de gris y ceniza, y manchado de puntos blancos; y por encima blanco marcado de puntos negros. Un círculo de plumas blancas y tan finas que se tomarian por pelos, rodean regularmente sus ojos, que tienen el iris de un hermoso amarillo. Su pico es blanco en su origen, y pardo en la punta. Sus pies, cubiertos de una pelusilla blanca, tienen los dedos blancos y las uñas negruzcas. La hembra ofrece en general los tintes mas claros y mas pronunciados. Esta ave tiene tres pies de estension casi en sus alas, y trece á catorce pulgadas de longitud desde la punta del pico hasta el extremo de la cola, que es blanca, con cinco bandas morenas, y mas cortas que las alas. Un carácter marcado en los rapaces nocturnos es el tener el pico retorcido é inclinado desde la base; pero el de la lechuza es una escepcion de esto, porque es derecho, y no comienza á encorvarse sino hacia la punta.

Esta especie numerosa, y muy estendida en casi toda Europa, no lo es menos en el Cabo de Buena Esperanza, donde Levaillant la ha visto con la cara y la parte superior del cuerpo de un color uniformemente rojizo, que es la librea del macho en su edad juvenil. Algunas veces, lo rojo de las partes inferiores se encuentra manchado de rayitas negras. Tales son las hembras cuando jóvenes. En el estado adulto, el macho es de un hermoso blanco por

encima del cuerpo, y la hembra lleva en las mismas partes manchitas longitudinales negras y estrechas.

En el Cabo de Buena Esperanza, la lechuza coloca su nido entre las rocas, á falta de granjas y otros edificios, que naturalmente prefiere. Los colonos holandeses la llaman *doodvogel*, es decir, pájaro de la muerte. Se la encuentra tambien en la América Septentrional, á donde debe haber pasado por el norte de la Europa, y de donde se habrá extendido á la América Meridional. En Europa no es tal vez en parte alguna mas común que en la Gran Bretaña.

La lechuza se aproxima con bastante constancia á las habitaciones, en las que hace grandes servicios destruyendo las ratas, los ratones, las musarañas, y tambien come las comadreas y los escarabajos. Un naturalista inglés habla de una pareja de lechuzas que infestaba un palomar y hacia un gran destrozo entre los pichones.

Preténdese que en otoño van á visitar durante la noche los lazos tendidos para coger las codornices y las calandrias: que matan los pájaros que hay presos en ellos; que comen los mas pequeñitos enteros, y que despluman los gordos. En el invierno se encuentran de cinco á seis reunidas en los agujeros de las paredes viejas, en las torres de las iglesias, y allí, así como en los árboles huecos de la vecindad, hacen en el mes de abril, y algunas veces á fines de marzo, un nido que componen con muy pocos materiales,

y donde ponen de dos á cuatro huevos blancos y redondos.

Mientras que los polluelos están en el nido, el macho y la hembra salen alternativamente para ir á hacer su caza. Dan su vuelta, exploran los campos como un perro de caza, y por intervalos caen súbitamente sobre su presa en medio de la yerba ó de los trigos. Se ha observado que volvan cerca de cada cinco minutos á su nido; pero cuando no tienen cria permanecen fuera hasta satisfacer su apetito, ó hasta que ya no ven nada. Aunque estos pájaros son habitualmente inofensivos con el hombre, no es por tanto bueno atacar á sus polluelos por los que, como todas las demas aves, tienen grande cariño. Ha habido ejemplo de personas gravemente maltratadas por ellos, únicamente porque las creían con mala intencion al tocar á sus crias.

Al salir del nido las lechuzas parece que van dando tropezones mas bien que volando, hasta que llegan á tomar cierto equilibrio. Se consigue con alguna dificultad domesticarlas; pero si se las coge de chiquitas se acostumbra sin dificultad á vivir enjauladas. Jamás suprimen su silbido, parecido al de un hombre que duerme con la boca abierta. Se diria que por este ruido las lechuzas quieren llamar á las demas, y en efecto, se ha visto que al silbido de la prisionera se han puesto encima de la jaula otras varias, han hecho oír el mismo ruido, y se han dejado coger en la misma red.



Lechuza.